

El Colegial

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

AÑO I
11 DE JULIO DE 1941
N.º 13



PRECIO
\$ 1

ESTHER
COSANI



(CLASE AVES)

EL PIDÉN

(*Rallus rythyrynchus*)

Ave que vive a la orilla de los esteros y pajonales.

Llama la atención en él las precauciones que toma al salir de su escondite y la rapidez con que se esconde al primer ruido que siente.

El Pidén pertenece a las Aves Zancudas, es muy corredor y cuando vuela es porque es perseguido por algún enemigo, los vuelos son muy cortos y siempre se deja caer en los matorrales, no es una ave voladora; sus alas no son muy aptas para el vuelo, son muy redondeadas.

Su alimentación consiste en pequeños animalitos acuáticos, semillitas y lombrices, etc.

Su nido lo construye en el suelo, los huevos son de color chocolate con manchas negras, sus pollos son autófalos y negros.

En cautividad vive muy bien, se domestica hasta el extremo de hacer vida común con las gallinas, anda en libertad sin temor de que se vuele.

Por las tardes deja oír su canto melodioso.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
—Correo 4.—

Santiago de Chile.

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.-

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:

Anual . . \$ 50.—
Semestral . . 25.—

AÑO I

REVISTA INFANTIL

N.º 13

MI CHARLA DE HOY

Tengo una buena noticia que dar a mis amiguitos. Vuestro entusiasmo, vuestra comprensión y vuestra simpatía van a tener su recompensa en forma práctica y efectiva. La Administración de nuestra revista ha resuelto repartir valiosos premios entre los lectores de "EL COLEGIAL". Estos premios consistirán en objetos de arte, en útiles de servicio casero y también en dinero. Para ésto nuestros lectores no tendrán más que hacer que recortar el cupón que saldrá todas las semanas en la última página de la revista y canjearlas en nuestras Oficinas por números del sorteo que se efectuará a fin de año, antes de la Pascua, para que todos los lectores favorecidos puedan tener en sus manos el mismo día de Pascua un lindo regalo obsequiado por "EL COLEGIAL".

Además de este sorteo gratuito entre nuestros favorecidos, iniciaremos también un concurso educativo y al final de dicho concurso repartiremos premios especiales entre los concursantes que resulten vencedores. Próximamente daremos a conocer las bases de este concurso que servirá de entretenimiento, al mismo tiempo que avivará el afán de estudio en todos los niños.

Os deseo, pues, buena suerte y ¡hasta el próximo Viernes!

EL COLEGIAL



Los esclavos del SULTÁN



RECUERDE: Dos niños que caen prisioneros del Sultán de Constantinopla son Walter y María que van a formar parte de los pajes del soberano mahometano. Llega el momento en que Walter es llamado a renegar de su fe; pero el niño se obstina y no cede ni aún a las amenazas del Sultán, siendo castigado bárbaramente.

CAPITULO VI

Achmet-Effendi le habló entonces de Walter y le refirió todo lo que había sucedido delante del Sultán y el castigo horrible a que fue sometido por haber confesado a Cristo delante de todos.

—¡Dios asista al heroico niño! dijo el anciano sacerdote. Mañana mismo iremos al Palacio, y, a ser posible, le rescataremos a él y a su hermana.

—Padre Martín, dijo el monje joven. ¿No serán estos niños los hijos del noble austriaco que en Viena nos suplicó que nos informáramos del paradero de sus hijos hechos cautivos por los genizaros, y que los rescatáramos por cualquier precio?

—Bien puede ser, Padre José, respondió el anciano. Mirad en mi libro de apuntes; en la página 87 u 88 veréis los nombres de estos niños. Yo apenas alcanzo a leer a la luz de esta lámpara.

—Aquí están, dijo el Padre José, después de buscarlos un momen-

to. El niño se llama Walter y la niña María; ambos tienen los ojos azules y el cabello rubio, el niño es muy alto y fuerte para los 12 años que tenía.

—Las señas son esas, observó el intérprete. Así se llamaban los niños el uno al otro.

—Ellos son, afirmó el religioso joven. ¡Qué alegría la de sus padres cuando les devolvamos sus hijos en Viena!

—Confiamos que así suceda, dijo el anciano. También esperamos mucho en vuestra cooperación, querido amigo y paisano. Mañana, después de la segunda oración estaremos delante de la Alta Puerta, si os parece bien.

Achmet-Effendi asintió a las palabras del anciano, se despidió y salió de la estancia.

A la hora fijada, llegaron ambos religiosos, acompañado del siervo armado, a la gran plaza, enfrente de la Alta Puerta, Achmet-Effendi, que estaba esperándolos, los condujo, a la Puerta de los Saludos. Desde allí se dirigieron los tres a una pequeña sala abovedada donde esperaban hablar al inspector de los esclavos blancos. Largo rato hubieron de aguardar antes que se presentase Abdulah.

Entró Abdulah y se sentó frente a los religiosos, mientras que el intérprete se colocaba a la derecha del inspector. Después de los saludos, el Padre Martín expuso el fin de su viaje a Constantinopla, y pi-

dió al empleado que le apoyara en su empresa, ofreciéndole 90 marcos por cada esclavo, cuyo rescate procurase del Sultán.

Abdulah se pasó la mano por la barba y dijo que 90 marcos era muy poco. Si el misionero extranjero quería dar 120 y poner anticipadamente una bolsa llena de oro en sus manos, para allanar el camino, como él decía, algo podría conseguirse. El Padre Martín tenía experiencia suficiente para saber que si se ha de obtener alguna cosa, era preciso comprar a los empleados del Sultán por lo que traía preparada la bolsa. Se la alargó al inspector, diciendo:

—Plugue a Dios que este dinero sea para ti de bendición, y quiera disponer tu corazón según mis deseos.

—Veo, oh extranjero, respondió Abdulah, tomando la bolsa y ocultándola entre los pliegues de su traje, que Alá ha adornado tu espíritu de prudencia y tu mano de liberalidad. Quien deja que decaiga su camello, no llegará al fin de la jornada, pero el que no economiza el pienso de su cabalgadura, caminará rápidamente.

El Rvdo. Padre Martín expresó deseo de ver a los esclavos que eran cristianos, y el inspector diría qué rescate pedía por cada uno de ellos. Abdulah hizo comparecer a los esclavos, a los que el Padre Martín preguntó cuál era su nombre y su patria. Consolándolos en lo posible les dijo que tuvieran esperanza. Los misioneros estaban conmovidos y hubiesen querido llevarlos a todos. Anotaron la cantidad que exigía el inspector por cada uno de ellos, y la suma a que ascendía era considerable.

A instancias de los misioneros, fueron conducidos también los pajes a la sala; pero sólo comparecieron Antonio y Estanislao. Estos refirieron a los monjes su historia con sencillas pero conmovedoras palabras. Estanislao contó cómo fué hecho cautivo por los genizaros en una incursión en que asolaron a una aldea fronteriza. Antonio relató cómo cayeron una noche sobre la casa de campo de su padre, en las cercanías de Bari, y le sacaron de su lecho para embarcarlo en un buque pirata.

—Ahora, añadió el niño llorando, hace cuatro años que soy esclavo del Sultán. Y si sigo así mucho tiempo, no sé si tendré fortaleza para continuar siendo fiel a mi Salvador, pues el Sultán quiere resueltamente hacernos renegar y ayer ha mandado castigar cruelmente a un amigo mío. ¡Ay qué espantoso tormento; yo no sé si podré soporarlo!

El Rvdo. Padre Martín consoló a los niños, pidiéndoles tuvieran paciencia. Después se despidió de ellos bendiciéndolos. Ya estaba Antonio en la puerta cuando se volvió y dijo:

—Padre, no se olvide de mi amigo Walter, que ayer fué azotado por su fe.

—No me olvido de él, hijo mío, ni de ti tampoco, respondió el anciano conmovido.

La suma que Abdulah exigía por los pajes era muy considerable, aún así, decía el inspector, es muy de temer que el Sultán no consienta en deshacerse de ninguno de sus esclavos.

Los misioneros se miraron tristemente y preguntaron por Walter.

—Pasaran sus quince días antes



Mirad en mi libro de apuntes; en la página 87 u 88 veréis los nombres de estos niños, — dijo el misionero.

que se pueda tener en pie, dijo Abdulah. El Sultán quiere que este niño sea su favorito y no será fácil su rescate. Ha de hacerse musulmán como Mehemet juró ayer, y cuando esto suceda podrá llegar con el tiempo a ser Bajá o Gran Visir.

—¿Y las cautivas cristianas? preguntó el Rvdo. Padre Martín.

—En el rescate de éstas no hay que pensar. Ni siquiera podéis verlas, contestó Abdulah.

—Entonces conducidnos a la cuadra de los genízaros, donde está el niño, dijo suspirando el anciano.

Quando Walter volvió de su desmayo, no supo en el primer momento darse cuenta dónde estaba. Tocando en la obscuridad, conoció que se hallaba en un rincón sobre un montón de paja. Intentó levantarse, pero sintió al punto vivos dolores en los pies y vió que los tenía envueltos en un paño húmedo. Entonces se acordó de lo que había su-

cedido y la cólera del Sultán.

Pero en medio de su triste estado, Walter levantó las manos al cielo y desde aquella oscura cuadra elevó una ferviente plegaria en acción de gracias porque Dios le había concedido soportar con fidelidad aquella primera dolorosa prueba.

Ignoraba dónde se hallaba, creía estar en una cárcel subterránea. Entonces oyó abrirse una puerta y distinguió delante de sí un niño que le alumbró el rostro.

—¿Estás despierto, Walter? exclamó una voz conocida. Cuando te trajeron ayer tarde creí que estabas muerto. Pero el viejo Bayaceto dijo que nadie se muere a consecuencia de golpes en las plantas de los pies. Después me enseñó cómo había de vendarte, y como me toca esta noche la guardia de la cuadra, vengo a renovarte los paños húmedos.

(Continuará)

Página Femenina

UN BOLSON EN CAÑAMAZO



Muy útil es este bolso grande trabajado en punto de tapicería que siempre es necesario para guardar

el tejido. El trabajo está hecho en punto gobelino, con lana fina, en los tonos azul marino, rojo, verde, amarillo y negro, sobre cañamazo.

La medida, aproximadamente, es de 24 cms. de alto por 33 cms. de ancho.

Ejecución del punto: Este punto se hace en hileras horizontales, colocando el hilo en sentido vertical sobre dos hilos del cañamazo, y dejando cada vez un hilo de cañamazo en cada punto.

Una vez terminado el bordado se planchan de lado revés, a través de un lienzo húmedo, todas las partes que componen este bolso, que son las dos caras y la tira que da espesor.

Luego se unen éstas por costuras y se forra en tela de seda y se coloca un cierre eclair en la parte superior.

Las asas se hacen de cuero azul marino.

Recetas

Merengue de moras y manzanas

Ingredientes: 1/2 kilo moras, 1/2 kilo manzanas para cocer, azúcar al gusto, agua, 2 huevos, 1 cucharada mantequilla, 2 cucharadas azúcar flor.

Procedimiento: Pelar y cortar las manzanas en cuatro; remover los corazones y cortar la fruta en rebanadas.

Lavar y limpiar las moras.

En seguida, moler las manzanas y moras en una olla y cocerlas lentamente hasta que estén blandas, añadiendo azúcar al gusto y sólo la cantidad suficiente de agua para evitar que la fruta se quemé.

Cuando esté blanda, pasar la fruta por un cedazo. Después, agregar

la mantequilla y revolver el puré hasta que esté derretida.

Separar los huevos: batir las yemas y añadirlas al puré de frutas. Vaciar este puré en una fuente que pueda entrar al horno. Tapar la fuente y cocer la mezcla en un horno moderado durante 20 minutos más o menos, pero sin dejar que hierva. Cuando el puré se haya moldeado, sacar la fuente del fuego y dejarla hasta que el puré esté frío.

Batir las claras a nieve y agregar las 2 cucharadas de azúcar flor.

A través de una manga de decorar, adornar con el merengue la parte de encima del budín. Espolvorear el budín con azúcar y colocarlo en un horno muy suave para que se fije el merengue.



Lindor el

RECUERDE: Lindor, cuyo padre ha sido asesinado y despojado por el señor de Faunas, va a conquistar el guantelete maravilloso y la espada encantada, aconsejado por el mago Persides, su protector. La reina de las brujas roba el violín mágico de Lindor para dejar al joven sin defensa contra el señor de Faunas. Lindor llega a un huerto donde hay varios ciruelos. El joven sube a un ciruelo para satisfacer su hambre comiendo ciruelas; cuando divisa a lo lejos el Bosque del Peligro, donde están el guantelete y la espada que busca.

CAPÍTULO XIII



1. Lindor bajó del árbol con prontitud y se quedó asombrado al divisar el suelo sembrado de monedas de oro. Eran los cuescos de las ciruelas que se habían transformado misteriosamente. Lleno de alegría, Lindor se llenó los bolsillos con oro.



2. Lindor se puso su capa que había dejado en el suelo para subir al árbol y se dirigió al Bosque del Peligro. Pero aunque le había parecido estar a poca distancia del bosque, sólo llegó a su orilla al cabo de tres horas de marcha. De pronto se detuvo.



3. El joven acababa de oír las dulces melodías de una viola. Vivamente Lindor retrocedió para dirigirse al sitio de donde partían aquellos dulces sonos y descubrió no lejos a un pastorcillo que hacía vibrar las cuerdas de su instrumento.



4. Como el violín se parecía extraordinariamente al violín robado, Lindor le pidió que se lo vendiera. El pastorcillo le exigió diez monedas de oro. Y cuando Lindor quiso pagarle, sus monedas se convirtieron en lo que eran: en cuescos de ciruelas.

Menestral



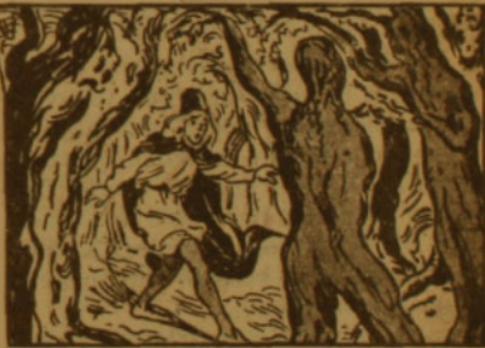
5. El pastor exclamó: —¿Esas son las monedas que quieres darme en cambio de mi violín. ¡Creo que estás loco, muchacho! Lindor se quedó desconcertado. Pero el otro le dijo: —No te apenes, muchacho; si no tienes dinero, tienes por lo menos alguna otra cosa de valor. —Sólo tengo una cuerda rota de violín y esta rosa marchita. —Bueno, no quiero ser exigente.



6. Y el pastor le pidió la rosa en cambio del violín. —¡Oh, no; jamás me separaré de esta flor! respondió Lindor. Es una prenda de cariño y prefiero renunciar al violín antes que cederla.— Entonces, la tomaré por la fuerza, dijo el pastor lanzándose sobre Lindor. Pero en ese mismo instante se apareció una hada y tocó al pastor con su vara. El pastor cayó.



7. Al caer el pastor al suelo, su violín se convirtió en una serpiente que se retorció a los pies del hada. Esta le dijo: ¡Vuelve a tu guarida, Malagesta! Y la serpiente, lanzando un silbido espantoso, desapareció en un hoyo abierto en el suelo. —¡Gracias! exclamó Lindor arrodillándose ante la aparición. —¡Valor y sigue tu camino! dijo el hada y desapareció.



8. Lindor se quedó un instante sin saber qué hacer; pero las palabras de la hermosa hada todavía vibraban en sus oídos y resueltamente se encaminó hacia el Bosque del Peligro donde se internó al cabo de unos instantes. De pronto vió que los árboles tenían formas humanas y una voz cavernosa dijo: —¡Vuelve atrás, joven temerario, si no quieres ser como nosotros!

(Continuará)



RECUERDE: Paulina y Damián descubren que son huérfanos y que han sido recogidos por los que ellos creían sus padres. Abandonan la casa para no ser una carga y por el camino un moribundo les confía una chaqueta en cuyos feros hay oculta una fortuna. Los niños prometen entregarla a la hija del moribundo que vive en Santiago. Más tarde los niños están a punto de ser despojados por dos maleantes; pero los salva don Sergio Villela, quien se los lleva en su automóvil a Santiago. Los niños huyen de nuevo al saber que don Sergio piensa restituirlo a la casa de sus padres adoptivos. Por la carretera se hallan una carte con dinero y aprovechan para tomar el tren e irse al Sur. Después de pasar una noche en Concepción, se dirigen a pie a Lota para entregar la chaqueta de la fortuna al nieto del moribundo. Los sorprende la noche y buscan refugio en la galería de una mina abandonada. Pero de pronto despiertan al oír un estruendo, mientras el aire se llena de tierra.

CAPITULO XIII

Durante breves instantes, que a los niños parecieron horas, estuvieron escuchando con el oído atento. Pero un silencio enorme, pesado, llenaba ahora la galería donde flotaban los restos del polvo levantado por el misterioso estruendo. Por fin, Damián, se atrevió a quebrar el inquietante silencio:

—¿Qué sería eso, Paulina? preguntó a su hermanita.

—Parece haber sido el ruido de una explosión, replicó pensativa la niña.

El perro Betún, no menos asustado que sus amos, empezó a gemir, restregándose contra las piernas de los niños como si pidiese protección contra un peligro desconocido.

—¿Te fijas qué apagada resuena ahora nuestra voz? Ahora no retumban como antes nuestras palabras.

—Sí, parece que estuviésemos encerrados.

Vagamente acudía a su mente la idea de que algún derrumbe había obstruido la entrada de la galería. Los niños se acercaron mutuamente como para protegerse uno contra otro, temblando de inquietud, dilatando sus pupilas para ver a través de la obscuridad.

—Enciende la vela, dijo Paulina para darnos cuenta de lo que ha ocurrido.

Damián raspó un fósforo y encendió la vela. Ansiosamente miraron hacia la entrada de la galería y se quedaron espantados ante una masa oscura, infranqueable que reemplazaba a la abertura por donde pensaban salir. Toda la bóveda había caído desplomada. Tal vez algún tiro de dinamita más violento que los demás había causado el desastre.

¡Encerrados, bloqueados! ¡Sepultados vivos en esa tumba obscura!

En vano trataron de abrirse paso entre los escombros, golpeando desesperadamente contra el macizo obstáculo. Damián, con sus manos trataba de arrancar los bloques de piedra y de carbón; pero solo conseguía causar pequeños derrumbes que venían a cerrar más

todavía el camino de salida de la galería. El pobre niño, viendo que sus esfuerzos resultaban completamente inútiles, se puso a sollozar murmurando anonadado:

—¡Paulina, hermanita, vamos a morir aquí dentro!

Y la pobre niña juntó sus lágrimas a las de su hermano. Y ambos, desesperados, tomados de la mano, se sentaron en el suelo, abandonando toda esperanza de salvación. La vela se apagó.

—¡Moriremos de hambre! exclamó Damián.

—Sí... a menos que se produzca un milagro, respondió Paulina desconsolada.

—¡Y pensar que nuestra vida de vagabundos iba a terminar pronto. En Lota habríamos encontrado al hijo de la señora Domitila Barrientos y le habríamos entregado la fortuna de su madre. Gastón Barrientos me habría buscado trabajo...

—¡Qué mala suerte la nuestra! murmuró la niña.

—¡Nunca la hemos tenido, hermanita!

De pronto Paulina dió un grito.

—¿Qué te pasa? preguntó el niño asustado.

—Algo, una cosa me ha rozado la espalda y una mano, respondió Paulina. Enciende de nuevo la vela.

Damián se apresuró a obedecer. A la luz de la vela examinaron nuevamente el sitio donde se hallaban. Entre los escombros se veía surgir un grueso pedazo de madera que había formado parte del armazón de la galería. Damián se apoderó de él y agarrándolo a modo de garrote avanzó animando a Betún que había corrido hacia una gran piedra. El perro se puso a escarbar y ventear el suelo. Damián llegó

junto al perro con el garrote listó para prestar ayuda en caso de necesidad, mientras Paulina alumbraba con la vela. Un ratón se escurrió detrás de la piedra, un ratón enorme, de los llamados *guarenos*.

Durante un momento Betún corrió detrás del formidable roedor que trataba de escapar inútilmente por alguna salida; hasta que por fin el perro lo atrapó quedando como vencedor. Este incidente sirvió para distraer un poco a los pobres huerfanitos. Sus decaídos ánimos parecieron recobrar cierto vigor ante los ladridos de triunfo de Betún.

—¿Qué haremos ahora?

—Creo que lo mejor que podemos hacer, es dormir. Mañana, de día, pasará gente cerca de esta mina y podrán oír nuestras voces. Gritaremos fuerte y alguien tendrá que oírnos. Es imposible que esta galería haya sido olvidada completamente por los mineros.

—Creo que tienes razón, Damián, dijo Paulina. Apaga la vela, no conviene que se gaste mucho.

Y con esta idea los niños se acurrucaron sobre el suelo donde, a pesar de la crítica situación en que se hallaban, se quedaron dormidos. Sus jóvenes organismos necesitaban reposo y no podían ya luchar por más tiempo contra la fatiga y el sueño.

Era el día siguiente, por la mañana. Frente a la entrada de la ruinosa galería estaban conversando dos jóvenes mineros. Uno de ellos decía:

—¿Pero para hablarme de semejante tontería me hiciste dar este rodeo?

—Te digo que no son tonterías ni invenciones mías, Pedro.



Pero yo lo ví con mis propios ojos, insistió Benjamín. Nunca había visto duendes; pero anoche los ví.

—¡Yo no creo ni en brujos ni en fantasmas, Benjamín!

Pero yo los ví con mis propios ojos, insistió el llamado Benjamín. Nunca había visto duendes; pero anoche los ví.

—Creo que estabas soñando despierto, objetó Pedro. ¿Cómo eran tus famosos duendes?

—No eran muy chicos; eran como chiquillos. De repente brotó una llamita y desaparecieron junto a la entrada de la mina abandonada.

—¡Qué tonto eres, Benjamín! A tu edad ya nadie cree en duendes... a no ser esos que salen en el biógrafo, en los dibujos animados...

Los dos jóvenes mineros siguieron su camino hacia la mina en explotación, pidieron sus respectivas lámparas y se acercaron a la bajada donde ya sonaba la campana. Allí se juntaron con otros compañeros y Pedro, dirigiéndose a los de su cuadrilla, les dijo:

—¡Oigan una cosa para morir de la risa! Este tonto de Benjamín me acaba de contar una historia de duendes. ¡Figúrense! Dice que anoche vió unos duendes junto a la mina abandonada.

Los demás miraron a Pedro y sonrieron, creyendo que se trataba de una broma.

Más tarde, a la hora del descanso, Pedro volvió a referir a sus compañeros lo que le había contado Benjamín y esta vez todos se echaron a reír. Pero Benjamín no se amilanó por eso y exclamó:

—No se rían tanto. Bien saben ustedes que yo no soy rico; pero apuesto diez pesos a que Pedro no es capaz de pasar tres horas esta noche en la galería de la mina abandonada.

Ante esta inesperada proposición, todas las miradas se volvieron hacia Pedro. El incrédulo joven minero estaba ahora muy serio. El tono de seguridad que Benjamín em-

pleaba para asegurar que "había visto con sus propios ojos a los duendes", lo había impresionado profundamente. ¿Y si después de todo, resultaba cierto aquello de los duendes? Cuando niño, su abuela y, aun su propia madre, le contaban muchas historias de duendes. ¡A lo mejor había algo de cierto en aquellas antiguas y fantásticas narraciones familiares. Pero Pedro trató de eludir la apuesta, sin aparentar temor. Y dijo:

—No es por temor si no quiero aceptar la apuesta de Benjamín. Pero todos ustedes saben que esa vieja galería está en malas condiciones y hasta han prohibido la entrada a ella... ¿Y quieren ustedes que por diez pesos arriesgue mi mi vida?

—¡Esos son puros pretextos para no ir! exclamó Benjamín.

—Sí, tiene miedo, tiene miedo, apoyaron los demás.

Y Benjamín agregó:

—Sólo el fondo de la galería está en mal estado; pero la entrada está todavía en buenas condiciones. Y yo no te pido que llegues al fondo, Pedro.

Viendo que todos lo miraban con una sonrisa maliciosa y no queriendo pasar por miedoso, Pedro dijo por fin:

—Acepto, con una condición...

—¿Otro pretexto para no ir? le dijo socarronamente Benjamín.

—No; sólo exijo que deposites los diez pesos en mano de uno de los que están aquí.

—¡Justo, muy justo! exclamaron los demás.

—Está bien respondió Benjamín. Pero como Pedro puede perder, yo también exijo que él haga lo mismo.

Depositado el dinero, se convino

en la forma que debía llevarse a efecto la prueba. Pedro entraría en la mina a las once de la noche y se quedaría allí hasta las dos de la madrugada. Cada media hora se acercaría a la entrada un grupo de los presentes para llamarlo y Pedro debía responder.

Esa noche, a las once, el grupo de mineros estaba frente a la entrada de la mina abandonada. Pedro no sonreía y sus ojos no podían disimular unos reflejos de inquietud. En su mano derecha sostenía un grueso garrote.

—¿Entras, Pedro?

—Sí; entraré.

Pedro encendió una velilla fabricada por él mismo con una mecha encerada; en seguida desapareció por la abertura de la mina.

El minero avanzó con precaución, alumbrándose con su velilla. De este modo recorrió unos veinte metros en bajada, sin encontrar ninguna cosa anormal. Se detuvo y se sentó en el suelo, colocando la velilla junto a sí. La luz proyectaba en las galerías unas sombras agigantadas y danzantes, dándoles formas fantásticas. Pedro decidió apagar la luz para no ver aquellas sombras gesticulantes. Y mientras trataba de recogerse sobre sí mismo, apelando a su fuerza de voluntad para desechar el miedo, le pareció oír un sonido extraño. Prestó atención y el sonido le pareció que se convertía en una especie de quejido lastimero. Pedro retuvo la respiración. El quejido apagado, lejano, se hizo más perceptible y un sudor frío recorrió el cuerpo del minero. Y su miedo subió de punto, cuando creyó oír unos gritos humanos, lúgubres, desesperados...

(Continuará)

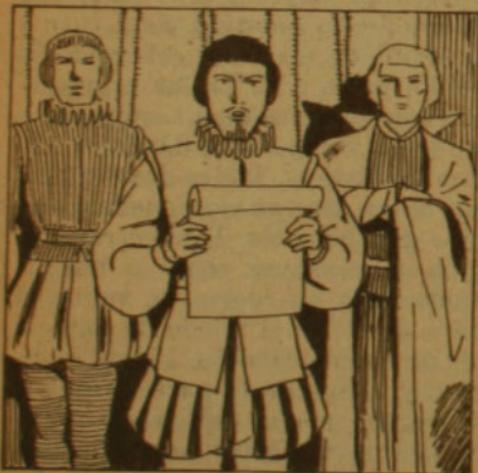
HISTORIA GRAFICA



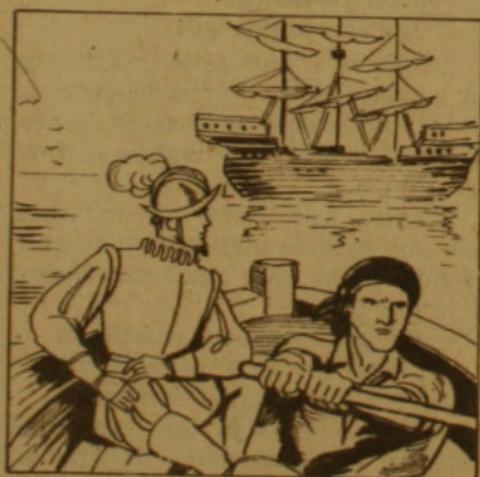
81. Don García Hurtado de Mendoza, después de la muerte de Caupolicán, se dedicó de lleno a la administración del reino conquistado. Organizó la agricultura del país, levantó hospitales y edificó iglesias y repartió tierras a sus soldados y amigos.



82. Durante su gobierno partieron dos expediciones al otro lado de Los Andes. Una partió de Serena, al mando del capitán Pérez de Zurita, que se hizo reconocer gobernador en Santiago del Estero a nombre de don García y fundó la ciudad de Córdoba, Londres y Cañete.

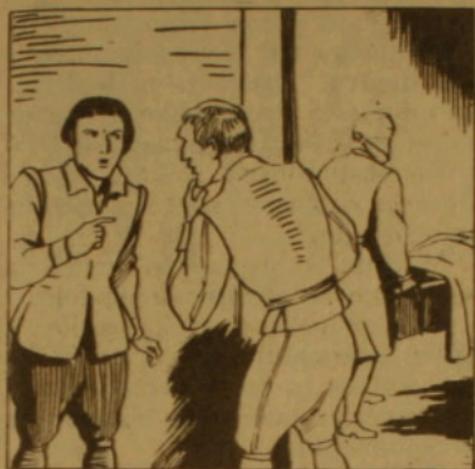


83. La otra expedición salió de Santiago, atravesó la cordillera por Uspallata y, al otro lado de Los Andes, su capitán don Pedro del Castillo fundó la ciudad de Mendoza, dándole este nombre en homenaje a su jefe el gobernador don García Hurtado de Mendoza.



84. Cuando don García supo que su padre había muerto y que el nuevo virrey del Perú había nombrado gobernador interino de Chile a don Francisco de Villagrán, se embarcó calladamente para no encontrarse con aquel rival a quién había hecho apresar en otro tiempo.

DE CHILE



85. Francisco de Villagrán venía enfermo de la viruela y su contagio causó un gran número de víctimas en la población, especialmente entre los indígenas. Estos llegaron a creer que los españoles recurrían a la peste para vencerlos, ya que no podían de otro modo.



86. Don García Hurtado de Mendoza había enviado cartas a su rey alabándose de haber pacificado "toda la tierra de Chile", según decía. Pero estaba equivocado, porque los araucanos sólo esperaban un momento propicio para continuar la guerra libertaria.



87. Cuando supieron la llegada de Villagrán, un nuevo jefe se levantó entre ellos para acaudillarlos: Colocolo. La acción guerrera de los indios empezó con una sublevación en Purén donde los soldados, juntamente con su capitán, hallaron una horrible muerte.



88. La insurrección se hizo general. El Gobernador envió a su propio hijo don Pedro con soldados escogidos para combatir a los indios. Pero Colocolo lo venció y le dió muerte en el mismo campo de Marigüeñu donde Lautaro había vencido a don Francisco.

Achsa la Mendiga de Sepharvaim

Corría el año de gracia 745.

En la aldea de Nazareth vivía una pobre mendiga llamada Achsa.

Los galileos la despreciaban y la obligaban a vivir al márgen de toda sociedad humana; por esta causa, Achsa, solo vivía para comer y dormir.

Si alguno la divisaba, cogía guijarros y piedras y arrojábase los gritando:

—¡Vete, Achsa, la maldita de Sepharvaim... A ver si con esta mueres, hija de Anamelech!...

Y nadie en Nazareth y aún en toda Galilea, hubiera levantado su mano en favor de ella. Lógico era que la mendiga sintiera por las gentes odio y temor ya que eran sus enemigos mortales.

Aquella tarde, Achsa se arrastraba por entre las zarzas del camino como un reptil, alerta a cualquier ruido. Iba pensando:

—Mañana Viernes se casa Rabanna José... Anamelech, Anamelech, por ti me maldicen los perros de Galilea, y tú me quitas ahora mi único amigo... Rabanna José... ¿Quién me dará agua a la hora de la siesta?... ¿Quién dejará para mí el pan y la uva?... ¡Rabanna José, mi buen amigo!

Y estos pensamientos eran como fatigazos para la mendiga.

Las mujeres de Galilea eran virtuosas y bellas y bendecidas porque habían nacido en buena tierra. Ella, Achsa, ¿por qué iba a tener derecho a ser buena, bella y respetada si venía de Sepharvaim, la ciudad maldita, si su Dios era Anamelech, de las barbas de chivo?...

Los galileos servían al Dios ver-

dadero, Jehová Tenía nsu ley y la respetaban. Eran rigoristas, intransigentes en sus costumbres y por dentro... ¡cuánta maldad!... ¿Por qué la apedreaban a ella en lugar de enseñarle su ley, su Dios y sus costumbres? Sólo Rabanna José la había mirado con ojos de misericordia.

Myriam, su esposa, le impediría ser bueno con Achsa, diciéndole:

—¿Por qué esposo, haces bien a quien está maldito por Jehová? No contamines tu corazón con afectos impuros, ya que en tu corazón he de habitar yo...

Y Rabanna José diría:

—Como las de la mujer fuerte así son tus palabras Myriam...

Achsa sentía que el odio la cegaba porque creía a Miryam galilea y porque para ella las galileas eran peor que las hienas que pueblan los bosques del Nebo, y peor que los buitres que rondan el campo del alfarero. Y de bruces sobre la tierra incó sus dientes felinos en el pasto y arrancó puñados.

Arrastrándose siempre, dejó la senda y trepó a la montaña donde tenía su guarida. Y cara al suelo maldijo a Anamelech, a sus padres y a Myriam, y agotada se durmió.

Durante muchos días Achsa, la mendiga, no bajó al plano. Rondaba entre los árboles, sombría como una caverna, muda como un hoyo en la tierra. Y a la hora de la siesta bebía agua inmundada de los charcos y devoraba las raíces... Pero su corazón lloraba por el amigo bueno, Rabanna José.

Pasaron noches y días sin que se diera cuenta, porque su vida era más que nunca sólo una noche som-



Achsa se arrastraba por entre las zarzas del camino, como un reptil, alerta a cualquier ruido.

bría, hasta que el recuerdo guió de nuevo sus pasos a Nazareth.

Era la hora acostumbrada, cuando divisó los muros soleados de la casita blanca.

¡Rabanna, Rabanna, ¡oh Rabanna!...

Los ojos de Achsa no conocían el llanto ni su corazón la pena; todo era confusión dentro de ella.

Los pájaros cantaban en las ramas del huerto y se escuchaba junto al aserrar de las maderas un canto suave de mujer.

—¡Es la galilea!, pensó la mendiga.

Como una sombra deslizó sus pasos entre el huerto y vió al buen carpintero trabajando en el taller y a Myriam hilando en su rueca.

Myriam se levantó y entró en la casa. Al poco rato volvió trayendo envueltos en un lienzo, pan dorado, uvas recién cogidas y un trozo de carne asada.

—¿Vendrá hoy, nuestra Achsa? preguntó a su esposo... y dejó delicadamente la merienda sobre la ventana del taller.

José paró un instante su trabajo y respondió mirándola con ternura:

—Talvez tiene temor. Los galileos la persiguen como a fiera. ¡Quisiera que la amaras, Myriam, tú sabrías hacerle el bien!

—En verdad, Achsa es digna de lástima. ¡Quisiera verla!

Achsa oyó esta conversación. La galilea era bella de aspecto y su voz muy suave. Pero en el fondo sería como las demás, pura hipocresía.

Pero al pensar que su buen amigo no la olvidaba enajenó su corazón.

Y más alegre regresó a su guarida...

Allí no bebió agua de los pantanos, sino que de los rocíos que guar-

daban las hojas del tamarindo y mascó sus frutas.

Antes de dormir pidió perdón a Anamelech.

—Tú no sabes, Anamelech, leer en mi corazón, por esto te digo: Perdona la maldición que contra ti dijo mi lengua. Anamelech, de ti no me viene la alegría ni el odio. Te conozco porque vi tu altar en Sepharvaim y mis padres me entregaron a ti y me pasaron por el fuego. Pero sé que no tienes poder en los corazones ni sobre los destinos. Solo eres un nombre, Anamelech.

Y al cabo de un día volvió a acercarse a la casita. José aserraba madera, Myriam hilaba en su rueca y se veía sobre el quicio de la ventana, pan dorado, uvas y un trozo de asado envuelto en un lienzo.

Escondida entre los árboles, vió ponerse el sol, aguardando un llamado, una palabra de cariño. Mas Rabanna José no habló recordándola; conversaban de asuntos domésticos, de los suyos, de su pequeño círculo del cual Achsa estaba excluida.

Con pena en el alma regresó a la montaña. Dejó que las greñas obscurecieran su rostro y sus labios invocaron a Anamelech. La galilea, con su belleza y con su dulce voz, habíala alejado del recuerdo del Rabanna.

Huyó de su cueva; tomó por los atajos del monte, cada vez más lejos, siempre más lejos de Nazareth.

Llegó a Naím y como los nazarenos, los aldeanos de Naím la corrieron con piedras y con palos hasta la llanura de Esdralón, y de allí se internó en la Samaria.

—¿Quién eres, qué eres? le preguntaron a su paso los samaritanos.

Y ella con su voz ronca y quebrada de salvaje montañesa, respondió:

—Soy Achsa y los galileos me persiguen y maldicen porque soy de Sepharvaim y adoro a otro Dios que a Jehová.

Porque huía de los galileos, los samaritanos le dieron limosna y no la acogieron mal.

Entre ellos, la mendiga fué olvidando su salvajismo y aprendió a convivir con los humanos.

Ayudaba a las mujeres a secar el agua del pozo de Jacob. Aprendió a manejar el huso y a hilar. De las casas la llamaban para ayudar en las faenas, amasar el pan y lavar la ropa. Le pagaban no con dinero sino con alimentos y vestidos.

Achsa aprendía fácilmente aquello que le enseñaban, pero no aprendió a querer a nadie. Tampoco interesaba su cariño, ni a las majeres ni a los hombres, porque sus ojos eran zahoríes, su voz áspera y su actitud huraña.

Los meses pasaban y se acumulaban para formar los años.

(Continuará)





EL TESORO LEJANO

RECUERDE: Santiago Merande, su tío Juan Salvere y su amigo Gabriel Montrose van al África en busca de un tesoro escondido por Felipe Merande, tío paterno de Santiago. Los expedicionarios son atacados por una terrible tribu de guerreros mungos que vuelven victoriosos de una expedición, cargados con rico botín de guerra. Los mungos incendian la barrera del pequeño fuerte, pero los expedicionarios logran rechazar el ataque y hacen una salida para rematar la victoria. Gabriel Montrose y los servidores negros se apoderan de Kuragán, el gigantesco jefe de la tribu y un prisionero es enviado al resto de la tribu para que se rindan.

CAPITULO XI

Aparecen los bandidos

Los expedicionarios se disponían a marchar contra el campamento enemigo, cuando divisaron una tropa de ganado que avanzaba dirigido por un arriero que traía también la respuesta del segundo jefe de los mungos. Uando consentía en dar doscientos bueyes, trescientos corderos, cien cabras y todos los cautivos y en cambio pedía que lo dejaran levantar el campo sin ser atacados por los expedicionarios. Como señal de amistad enviaba por adelantado cincuenta bueyes y veinte de los cautivos. Don Juan Salvere hizo decir por medio de Niembé:

—Aceptamos el ofrecimiento del jefe Uando. Pero es necesario que el ganado y los prisioneros sean entregados cuanto antes.

Don Juan plantó una antorcha encendida en el suelo y en seguida dijo al mensajero de Uando:

—Antes que se consuma completamente esta antorcha, el pacto tiene que ser cumplido fielmente por el jefe Uando. En cuanto tengamos el precio del rescate, libertaremos a los prisioneros mungos y los enviaremos a su campamento; pero nos guardaremos al jefe Kuragán.

Como don Juan Salvere había supuesto, el jefe Uando que deseaba para sí solo la jefatura de la tribu, se mostró encantado de la captura de Kuragán. En menos de una hora los bueyes, los corderos y los cautivos, hombres, mujeres y niños, fueron enviados a los tres jefes franceses. En seguida sin esperar que se apagara la antorcha Uando y su tribu levantaron el campo y marcharon hacia el norte.

El taciturno Malek y Gabriel Montrose vigilaban todos los movimientos de los mungos. Y cuando el último guerrero de la retaguardia desapareció a lo lejos, detrás de las colinas, una alegría desbordante estalló entre los negros sudaneses; ahora se consideraban invencibles bajo el mando de los jefes franceses. Y su alegría era compartida también por los cautivos liberados y durante un buen momento los negros formaron tal estruendo con sus gritos de triunfo y de alegría, que los hipopótamos asustados se precipitaban de cabeza en el lago.

El propio don Juan Salvere se asociaba a aquellas manifestaciones

de júbilo, pues consideraba que la matanza de mungos estaba compensada por la liberación de los esclavos gamanas que, sin la intervención de los franceses habrían sido condenados a una servidumbre atroz.

—Creo que nos hemos ganado una buena cena; ya me muero de hambre, exclamó riendo Gabriel Montrose.

—Y yo también, respondió Santiago Merande. ¡A ver, Kunú, haz que preparen un suculento asado al palo y que se destapen algunas cajas de conservas.

Las órdenes de Santiago fueron ejecutadas en el acto. Una enorme fogata derramó su rojiza claridad sobre la pradera y mientras algunos negros asaban la carne de buey, Salvere hacía enterrar a los muertos y curaba a los heridos. Veintidós mungos habían perecido en la lucha y habían quedado heridos en el campo una media docena de guerreros, sin contar a los que habían logrado reunirse a la tribu en el campamento.

También fueron enterrados con cierta emocionante solemnidad, tres sudaneses caídos en el asalto y un gamana, ante cuyas tumbas don Juan pronunció una sentidas palabras elogiando su resistencia y valentía. Los negros se sintieron muy impresionados por aquella sencilla ceremonia que sirvió para ligarlos más íntimamente a sus jefes; era un honor que se le tributaba a su raza por tres hombres que representaban a la raza blanca, grande y dominadora del mundo.

El festín estaba listo y los convidados pasaban de doscientos, todos alegres y dispuestos a hacer rindiendo honor al asado y demás comesti-

bles. A la luz del enorme brasero, sus caras negras y sus dientes blanquísimos tenían algo de fantástico.

El brasero se apagaba lentamente lanzando sus últimas llamaradas, cuando don Juan Salvere dió la orden de descanso. Pronto no quedó en la pradera sino el rebaño de bueyes, cabros y corderos. Los gamanas dormían profundamente bajo las salientes de las rocas del fuerte natural, mientras media docena de negros se quedaban vigilando el ganado y los tres blancos con sus negros sudaneses habían vuelto a tomar sus puestos dentro de la gruta.

El gigantesco Kuragán había sido colocado en un rincón de la caverna, con las manos y piernas sólidamente amarradas. Cuando Salvere, antes de entregarse también al descanso, fué a verlo, el jefe de los mungos permanecía mudo, impassible y a la luz de la antorcha del jefe blanco, éste vió que las mandíbulas de Kuragán se contraían. Don Juan le habló con dulzura. Y aunque el jefe bárbaro no comprendía el lenguaje de Salvere, pareció comprender muy bien el tono con que hablaba y una expresión de amistad se dibujó en su negro rostro donde hasta entonces sólo se habían reflejado sentimientos de odio o de furor.

Aquello era una buena señal y don Juan Salvere se retiró satisfecho de haber visto aquello.

Dos meses más tarde, la expedición acampaba en el Campo de Granito. Llegaba la noche. El sol adquiría ya un color anaranjado y se veía enorme en el fondo del paisaje. Salvere, al abrigo de un montículo rocoso, meditaba sobre los acontecimientos ocurridos en tan poco espacio de tiempo. El gigan-



Santiago y Gabriel avanzaron al abrigo de los peñascos, e hicieron tremolar una servilleta a modo de bandera.

tesco Kuragán había visto por fin en el jefe un verdadero protector en vez de un enemigo cruel y vengativo. Muchos de los heridos mungos recogidos por Salvere, habían sanado y ahora formaban un pelotón mandados por el propio Kuragán y al servicio de la caravana.

Durante varias semanas habían caminado sin encontrar más obstáculos que los que les había ofrecido la naturaleza. Hasta que Kunú y Malek, que hacían las veces de exploradores o batidores, señalaron la presencia de gentes sospechosas. Malek había descubierto que se trataba de una media docena de blancos y de algunos negros que espían el avance de la caravana. Y una mañana Kunú llegó muy agitado, con el rostro color ceniza, y dijo:

—¡Patrón... son los asesinos del amo Felipe Merande los que nos espían! Creo que deben sospechar el objeto de esta expedición y, sin duda saben que se trata de un tesoro oculto.

Poco después llegó otro batidor sudanés. Venía casi falto de aliento y balbuceó:

—¡Nos atacaron, nos atacaron...! Mataron a uno de los nuestros y se llevaron a otro.

Esto era ya demasiado serio, algo trágico. Había que saber si los bandidos tenían muchos auxiliares. Gracias a Malek, a Niembé y a Kunú y a algunos de los mungos que ahora ayudaban a los expedicionarios, se logró saber que los blancos no pasaban de cinco y que los auxiliares negros no excedían de una docena. No debían de tener muchas municiones; de otro modo hubiesen intentado molestar a la caravana.

Salvere y los jefes negros tomaron minuciosas precauciones para evitar una emboscada, pero la situación era muy poco tranquilizadora. Hacia el anochecer, Malek y Niembé anunciaron al sabio hombre de ciencia que los bandidos estaban acampados en una especie

de campamento rodeado de piedras graníticas.

Don Juan Salvere pensó sitiar el campamento. El terreno era favorable. Pero no se podía poner sitio a la plaza durante el día. Pero Salvere resolvió intentar la prueba durante la noche. Inmediatamente reunió un consejo de guerra, compuesto de Santiago, de Gabriel, de Kuragán, Niembé, Kunú y de dos sudaneses duchos en todas las tretas del desierto. Rápidamente se estableció el plan de ataque. Dos columnas se desplegarían al Este y al Oeste y se juntarían al Sur. Una tercera columna interceptaría el camino del Norte.

Se esperó la noche. Fué una noche propicia, pues empezó a levantarse del río cercano una especie de bruma que se fué extendiendo por toda la campiña. Entonces la operación empezó. La fortuna parecía haberse declarado en favor de los expedicionarios; la bruma favoreció la maniobra y una hora después, el campamento de los bandidos, sin que ellos se apercibieran, quedó completamente cercado.

Pero el campamento escogido por aquellos aventureros era verdaderamente formidable. Además, los bandidos eran gente temible, conocedores de la selva y del desierto, fusileros excelentes, sin contar a los negros y a los árabes que también sabían servirse con maestría del fusil. El asalto no era cosa de juego y había que estudiarlo con mucha prudencia. Y el primer día transcurrió sin incidentes notables.

Pero ambos bandos se acechaban mutuamente. Por el momento don Juan Salvere decidió hacer gastar a los bandidos un buen número de municiones. No debían de tener muchas. Durante la noche hizo co-

locar unos faroles que reflejaban la luz por medio de unos espejos metálicos y parabólicos. Los bandidos, engañados por estas luces dispararon contra los espejos inútilmente.

El segundo día don Juan emplazó el fusil ametralladora en un sitio estratégico y envió una terrible rociada de balas que causó un desastrozo efecto moral entre los bandidos. Uno de ellos fué herido y dos de los auxiliares fueron muertos.

—No comprometamos la vida de nuestra gente, ni expongamos inútilmente la nuestra, decía don Juan Salvere. Si esperamos con paciencia, los rendiremos por el hambre.

Transcurrieron algunos días, pero los bandidos no daban muestras de ceder. Don Juan Salvere empezaba a inquietarse por aquella prolongada resistencia. Pero un día llegó junto a él, con furtivos pasos, el buen Niembé.

—¡Patrón, dijo, los bandidos han levantado bandera blanca al Este...

—¿Estás seguro? preguntó ansiosamente el sabio.

—Bien seguro, patrón. ¿Qué debemos hacer? ¿Responderemos?

—Naturalmente, Niembé, respondió don Juan Salvere.

Se reunió con Santiago y con Gabriel y avanzando al abrigo de los peñascos, hicieron tremolar una servilleta a modo de bandera.

Pronto apareció entre las rocas un hombre atlético, seguido de otro más bajo de estatura. El gigantón, llamado Bird, era rubio y de ojos claros, de mirada más bien apacible. Había huído de Inglaterra después de haber dado muerte a un hombre durante una riña. El otro, de mirada ágil, de cabellos negros y de ojos oscuros, tomó la palabra para decir:

PASATIEMPOS

PASATIEMPOS N.º 13.

Charadas

1.— Prima segunda tercia, parentesco; prima cuarta, defecto; segunda tercia, ser querido; mi todo animal chileno.

2.— Prima tercia cuarta, oficio; segunda tercia, forma verbal poniéndole acento; prima cuarta, vehículo; mi todo, pájaro chileno.

Inicial: "El Colegial".

- 1.— Nombre femenino.
- 2.— Flor.
- 3.— Sombrero de metal.
- 4.— Sacar leche.
- 5.— Día.
- 6.— Nombre femenino.
- 7.— Insecto.
- 8.— Especie de tiempo.
- 9.— Dios de los mahometanos.
- 10.— Para escribir.

Jeroglífico, por Tío Atilio.



SOLUCIONES A SECCION PASATIEMPOS DEL N.º 12

Adivinanzas.— 1.— El naipe
2.— El murciélago.

Charadas.— 3.— Doralisa.
4.— Armando.

Adivinanzas.— 1.— El naipe;
Charada ilustrada, por Tío Atilio.— Porta-vaso

Jeroglífico, por Alej.— Permanente.

Charada ilustrada, por Alej.



PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS DEL N.º 10

Un premio de \$ 5, a Terry por su dibujo "El Profesor".

Habiendo llegado muchas soluciones exactas, hemos sorteado cinco premios, correspondiendo:

\$ 5, a Roberto Jara, San Fernando.

\$ 5, a Berta Contreras, Peumo.

\$ 5, a Rosamel Parraguez, Salamanca.

\$ 5, a Miriam Valdivieso, San José 345, San Bernardo; y

\$ 5, a Jorge Herrera, San Miguel 203. Santiago.

Los favorecidos pueden pasar a retirar sus premios a 10 de Julio 1140, los Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Los de provincia deben reclamarlos por cartas.



¿QUIEN RAPTA

CAPITULO XIII



1. Una vez que las atemorizadas reses estuvieron acorraladas, los enmascarados las condujeron hacia un paso que había en las rocas que rodeaban el valle.



2. Desde su alto parapeto, Jeff observaba la escena; y mientras se robaban el ganado se dirigió a un camino que quedaba en las cercanías. —Veré a dónde van, dijo.



3. La nube de polvo levantada por las reses robadas le sirvió a Jeff de guía. Al fin, siguiéndolas, llegó a la orilla de un río que corría entre dos filas de rocas.



4. Pero a pesar de su excelente vista, Jeff perdió las huellas. Por más que trató de descubrir por donde habían vadeado el río, no lo logró. ¿Dónde estarían ahora?



5. Yo creo que han seguido la corriente, murmuró. Entonces guió su caballo en esa dirección hasta que llegó a una ensenada cubierta de ramas.



6. Desconcertado, Jeff ya iba a devolvérsele, cuando oyó ruido de voces que salían de la ensenada, lo cual lo hizo sujetar las riendas del caballo. —¡Alguien viene!

WENSON?



7. Mientras Jeff Warren se alejaba, mirando con inquietud hacia la confusa muralla de donde nacía una vertiente subterránea, las voces seguían llegando a sus oídos.



8. Eso es sumamente extraño, murmuró el joven cowboy del Doble "V". Al oír un chapoteo se escondió detrás de un árbol; entonces aparecieron dos jinetes.



9. Con el corazón palpitando excitadamente Jeff observó que se alejaban río abajo. —Estoy seguro de que son los mismos que se robaron el ganado, dijo.



10. Jeff esperó que los hombres se perdieran de vista. Después se acercó a la cortina de enredaderas y la abrió, descubriendo un ancho túnel. ¿Dónde conduciría?



11. Con todos los sentidos alertas, Jeff se internó por el túnel. A poco andar divisó un amplio y fértil valle donde pacían varias reses. También vio tres hombres.



12. Los hombres estaban charlando junto al fuego, cuando se dejó oír un estridente silbido. —Es el santo y seña de Slim, exclamó uno de repente.

(Continuará)



La Lámpara MARAVILLOSA

VI PARTE

Los señores de la corte demostraron con entusiastas aplausos que participaban de la opinión del Gran Visir, y ya el Sultán, sin informarse más de Aladino y subyugado ante el prestigio de opulencia, dijo: a la viuda de Mustafá:

Id y decid a vuestro hijo que le espero con los brazos abiertos para recibirle y que cuanto mayor sea su delicencia, más grande será mi placer en otorgarle la mano de la Princesa.

Concluída la audiencia, quiso el Sultán que su hija viera a través de las celosías los regalos y los esclavos que le ofrecía su prometido, como así se ejecutó, desfilando la comitiva por delante de la ventana que daba a la habitación de Brudulbura.

Voló a su casa la madre de Aladino para dar a su hijo la feliz nueva, recomendándole que se presentase en la corte rodeado de la pompa y del esplendor posible.

Aladino feliz, se retiró a su cuarto y frotó con fuerza la lámpara. El Genio se le apareció inmediatamente:

—Quiero, le dijo, un baño perfumado, y cuya agua proporcione a mi cara la mayor hermosura. Después necesito un traje que no tenga igual en el mundo, y superior a los de los más poderosos reyes; luego me darás un caballo por el mismo estilo y cuyos arneses valgan más de un millón; cuarenta esclavos aún mejor vestidos que los que te pedí ayer, seis esclavas, cada una de las cuales traiga un traje sun-

tuoso para mi madre, y por último deseo diez mil monedas de oro repartidas en diez diferentes bolsillos. Ve y vuelve pronto.

Dos minutos habían transcurrido, cuando Aladino era dueño de todo lo que quería; tomó cuatro bolsillos o sean cuatro mil monedas de oro, dando las otras seis a su madre, con los trajes y las esclavas que destinaba a su servicio.

Dispuesto todo, dijo Aladino al Genio, que podía retirarse y que le llamaría cuando tuviese necesidad de su servicios. El Genio desapareció. Después hizo preguntar al Sultán si estaba dispuesto a recibirle, y éste contestó que le aguardaba con impaciencia.

Aladino montó a caballo; iban delante veinte esclavos arrojando al pueblo puñados de monedas de oro, y otros veinte detrás que servían de vistosa escolta al brillante jinete, que en un momento se atrajo las miradas y las bendiciones de toda la ciudad, asombrada de tanta munificencia. Nadie reconoció en Aladino al joven vagabundo que poco tiempo antes había jugado por calles y plazas, y la noticia de que iba a casarse con la princesa Brudulbura dió a su persona mayor realce. Llegado que fué a palacio, quiso Aladino dejar a la puerta su caballo, según lo exigía la etiqueta de la corte, pero el Gran Visir se opuso a ello en nombre de su señor, y Aladino obtuvo el favor insigne de ir cabalgando hasta el pórtico del salón del trono entre dos filas de soldados que se inclinaban a su paso.

El continente y la gallardía de Aladino agradaron tanto al Sultán que bajó los escalones del trono para recibirlo e impedir que se prosternase. Lejos de esto, abrazó al joven en testimonio de amistad, sentándole después a su lado.

Aladino describió, con gran elocuencia, lo humilde de su posición, su escaso mérito para aspirar a la mano de la princesa, y su atrevimiento en poner los ojos a tanta altura, por lo que pidió perdón al Sultán, dándole gracias al mismo tiempo por toda su bondad en aceptarlo.

—Hijo mío, respondió el Monarca, no hay para mí honra mayor que la de conceder la mano de mi hija a tan cumplido caballero, y no cambiaría este placer por la posesión de todos mis tesoros unidos con los vuestros.

En seguida, y a los acordes de una música melodiosa, pasaron a otro salón, donde el Sultán comió solo con Aladino en presencia de los dignatarios de la corte, admirados, a semejanza del Sultán, de ver el talento con que el joven sostenía la conversación de su Soberano. Este ordenó al primer magistrado de su reino que extendiese el contrato de boda de la princesa con Aladino, para que el matrimonio se verificara aquel mismo día; pero el afortunado joven rogó al monarca con el mayor respeto, que aplazase la ceremonia algunos días de que necesitaba para contruir un palacio digno de la bella Brudulbura. Accedió a ello el Sultán, otorgándole el terreno que necesitase frente a su propio palacio, con lo que terminó la conferencia de aquel memorable día.

Aladino regresó a su casa con la misma ostentación y entre iguales



¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas?

aclamaciones que cuando había salido de ella. Entró a su habitación y llamó al Genio por el medio conocido y al verle aparecer dijo:

— Ante todo te doy las gracias por el celo y la exactitud con que has obedecido hasta aquí mis mandatos, y hoy reclamo más que nunca tu interés y tu diligencia. Quiero que en el menos tiempo posible me construyas, frente al palacio del Sultán, otro palacio que le supere en magnificencia, pues será la nueva residencia de la princesa Brudulbura. Dejo a tu capricho la elección de los materiales, pero desearía que en lo más alto del palacio fabricases un gran salón con su cúpula de cuatro faces iguales, cimentadas en plata y oro macizo, y en cada una de ellas tres ventanas, cuyas celosías, a excepción de una que deberá ser imperfecta, ostentarán transparentes y dibujos hechos con piedras preciosas, de tal suerte y con tanto arte, que sean la admiración de cuantos las contem-



El verdugo sacó su sable, tomó su medida para dar el golpe y esperó la orden del Sultán.

plen. Quiero, además, que el palacio tenga patios extensos, frondosos jardines, y sobre todo un sitio, que me indicarás, lleno de monedas de oro y plata. No te olvides de ningún departamento de los trenes de caza, palafreneros, y de cuanta servidumbre se necesite para que corresponda a la suntuosidad del edificio. Véte y vuelve cuando hayas rematado la obra.

Al despuntar la aurora del siguiente día se presentó de nuevo el Genio y le dijo a Aladino:

—Señor, el palacio está concluído, venid a ver si estáis contento de mi trabajo.

Fué Aladino al lugar designado, y no pudo menos de confesar al Genio que había excedido a sus mayores esperanzas. Luego que recorrió todos los departamentos, y que supo el sitio donde se ocultaba el tesoro que era inmenso, pidió al Genio que colocase una alfombra de

Smirna desde la habitación de la princesa hasta la puerta del palacio del Sultán, su padre. El Genio obedeció la orden con rapidez, y desapareció después de acompañar a Aladino a su casa.

Fueron saliendo poco a poco a la calle las gentes para admirar el maravilloso palacio que había hecho construir Aladino. El Gran Visir atribuyó esto al arte de encantamiento y de hechicería; pero el Sultán no opinó lo mismo, creyendo que un hombre tan poderoso, como su futuro yerno, se había valido nada más que del auxilio del dinero que en todo tiempo y en todas partes ha hecho milagros.

Cuando Aladino regresó a su casa y despidió al Genio, hizo que su madre vistiese un rico traje para ir al palacio del Sultán y acompañar a la princesa, tan luego como éste estuviera en disposición de trasladarse al nuevo palacio.

(CONTINUARA)

"Concursos estudiantiles", una iniciativa de "El Colegial"

que será recibida con satisfacción por todos los colegiales, chicos y grandes

El Presidente de la República, Excmo. Señor Don Pedro Aguirre Cerda, propicia un Plan de Chilenidad, que ha encontrado en todas las esferas, una entusiasta y cordial acogida.

El que fué el "Colegial N.º 1"; el que fué el "Maestro N.º 1", y el que hoy es el "Ciudadano N.º 1", ha pedido "a todos" que cooperen a su Plan; ha pedido que lo ayuden a realizar su obra grandiosa.

Y debemos secundarlo. Cada uno debe cooperar en la medida de sus posibilidades. De allí que "El Colegial", esta Revista infantil que ya se va imponiendo en forma avasalladora de un extremo a otro del país, haya resuelto llevar a efecto algunas iniciativas que serán acogidas con gran entusiasmo no sólo por los colegiales y educadores, sino que también por la opinión pública en general.

"EL COLEGIAL"—ya lo hemos dicho— es una revista de los niños y para los niños.

Aceptará y publicará colaboraciones de toda especie: cuentos, poesías, dibujos, chistes, etc.

Aceptará toda clase de sugerencias respecto a innovaciones o modificaciones que los niños estimen deba introducirse en la Revista, ya que desea tener presente siempre el punto de vista infantil.

Estimulará las condiciones especiales de los niños por medio de "CONCURSOS".

Estos "CONCURSOS" que realizará "EL COLEGIAL", serán otorgados POR MÉRITO, de modo que vendrán a fomentar entre los niños el mejor de los hábitos, como es confiar en sí mismo, desarrollar las cualidades innatas, destacarse, sobresalir, triunfar; pero por sus propios merecimientos y como una consecuencia lógica del mayor esfuerzo.

Efectuaremos pues, con el beneplácito y apoyo que han ofrecido a nuestra iniciativa las autoridades educacionales, Concursos de Recitación, Canto, Danzas, Dibujo, Literatura, etc. y periódicamente "EL COLE-

GIAL" discernirá Premios Especiales de conducta, disciplina y puntualidad.

¡La puntualidad! Cuántas situaciones se pierden en la vida por falta de puntualidad. Y los chilenos —desgraciadamente— tenemos fama de ser muy poco puntuales.

"EL COLEGIAL" asignará sus premios exclusivamente en DINERO EFECTIVO, ya que consideramos que esto—aunque muy prosaico— es lo más práctico.

Nuestro pensamiento es realizar estos "CONCURSOS" entre los alumnos de cada colegio, para al final del año realizar en algún teatro importante de la ciudad, un Gran Festival en que entrarán a competir los Liceos entre sí, por el "TROFEO DEL AÑO", presentando cada colegio los alumnos vencedores en los Concursos particulares de selección.

Esperamos que estos "CONCURSOS" nuestros, contribuirán a revelar los futuros valores chilenos que hoy están latentes en la infancia y la juventud escolar.

Y esperamos también que los padres de familia nos han de prestar todo su apoyo, a fin de que nuestra iniciativa pueda ser realizada con el mejor de los éxitos.

En estas páginas daremos a conocer semanalmente, todas las novedades que se relacionen con nuestros "CONCURSOS ESTUDIANTILES" y aquí también se publicarán en su oportunidad, los retratos y nombres de los agraciados y el monto de los premios que les hubiere correspondido.

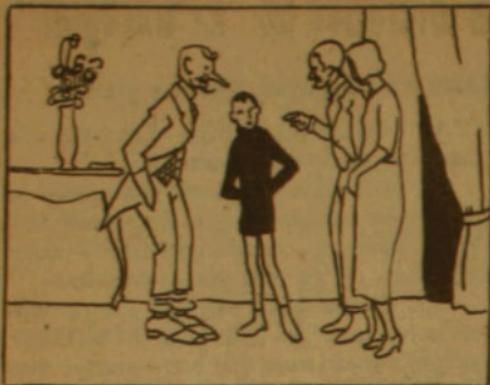
Advertimos especialmente a nuestros lectores que todo asunto relacionado con estos Concursos, será atendido por el "DIRECTOR DEL CONCURSO ESTUDIANTIL", Teléfono 85152, Casilla 6562, Correo N.º 4. —"El Colegial", 10 de Julio N.º 1140.

PRIMER CONCURSO

El Primer Concurso será de RECITACION y está dedicado al Liceo de Niñas N.º 1, "Javiera Carrera".

En el próximo número daremos los detalles pertinentes.

Bautismo de los negritos



1. Pepito y D. Martín están contentos y escuchan el programa muy atentos. Un programa que tienen bien pensado los papás, que la fiesta han preparado.



2. Y Chochi, que jamás se estuvo quieto, conoce el plan trazado con secreto. Hablaba a los monos y con grandes voces reclama la presencia de don Cocés.



3. Doña Gallina muere, ¡Oh desventura!, muerte que Chochi llora con ternura, y de su historia dan los monos fin, en una fosa abierta en el jardín.



4. Pocos días después, y en reunión, Pepito hace formal declaración, del proyecto hace tiempo acariciado. ¡Ya está todo dispuesto y preparado!



5. Don Martín que es unacha por su lógica, y su alarde de ciencia, explica a los negritos la lección, y los misterios de la religión.



6. Así, bien preparados y dichosos, al conocer los hechos más gloriosos, de nuestra religión, van al bautismo, dispuesto a alejarse del abismo.

y fiesta a sus amiguitos,



7. Los chiquillos se apréstan para la fiesta, mientras saborean los ricos dulces. Chochi y los monos pierden los papeles. Hampian de una bandeja de pasteles.



8.—Pepito y los negritos, muy gentiles y duchos en festines, lanzan sus brindis, tras de la merienda, aunque en el gui-ri-gal nadie se entiende.



9. Los papás de Pepito, en sus salones, agradecen las felicitaciones que les prodigan con placer todas las amistades de la casa.



10. En la gente menuda se despierta la alegría que no acierta a expresar de otro modo, que arrojando a los monos muchas flores.



11. Los grupos infantiles les ofrecen unas comedias, que les entretienen con sus escenas llenas de candor. Ya veis que Chochi es el apuntador.



12. Después de tan seguidas emociones, ofrecen al Señor sus oraciones. Chochi y los monos creen conveniente ir preparando el número siguiente...



CAPITULO XIII

No bien pierden de vista la tierra, cuando la luna que brillaba sobre el horizonte, se oculta, y lo mismo hacen las estrellas, aumentando la obscuridad que les rodea.

Este nuevo peligro, después de tantos como corrieron, acobarda de tal modo a los nautas, que creyendo perdido el Argo, sueltan los remos, y tienden los brazos hacia la inmensidad, ofreciendo infinitos votos, si logran salvar sus azarosas vidas, dando más fuerza y expresión a las súplicas las amargas lágrimas que surean sus curtidos rostros.

Unicamente Jasón no se desalienta y aunque sus pupilas no están enjutas, porque como hábil capitán no desconoce el peligro que corren, confía en Apolo y le invoca fervoroso.

De improviso, en la elevada cumbre de un monte, se dibuja un relámpagueante arco de oro, y es tanto el brillo que espasmea, que se desgarran el velo en que estaban envueltos el mar y las costas, y Jasón contempla el grupo de las Islas Espóradas.

El temporal ha amainado, y tras de anclar en un puerto que les presta abrigo, se preparan a desplegar



La maga sube a cubierta, se coloca en el punto más elevado de la nave; desde allí, mira en dirección de Talo.

velas, cuando Eufemo les detiene para narrarles el asombroso sueño que acaba de tener, mientras halló algún descanso tendido sobre su banco. Se le apareció en ese mundo del misterio, una isla nacida del terrón de tierra que le donara Tritón, y en ésta, elevándose entre vegetaciones de alegres matices, una hermosa joven. Al solicitarla Eufemo por esposa, ella le respondió: que siendo hija de Apolo, no podía ser su esposa, pero que arrojase el terrón al mar, y sería núcleo de un archipiélago, y éste cuna de héroes.

Jasón le manda que ejecute sin tardanza lo que le ordenaron en sueños, y cuando Eufemo inclinase sobre la borda para sumergir el terrón en el agua salada, ven con asombro, que efectivamente, no sólo se sostiene a flote, sino que comienza a engrandecerse.

Los navegantes de generaciones

posteriores, al encontrarla en aguas de Grecia, llamaron a la isla núcleo, Caliste. La profecía de Apolo se cumplió y los espartanos fundaron prósperas colonias en Caliste, donde fueron a habitar los nietos de Eufemo, el argonauta.

La proximidad del Peloponeso exalta de tal modo el ánimo de los marinos compañeros de Jasón, que reman sin descanso, y dejadas ya atrás las innúmeras aventuras que marcaron su azaroso viaje, les parece volar sobre el líquido elemento.

Por fin, un día, costeano la península roqueña del Atica, y dejando atrás ínclitas ciudades, penetran en la ensenada de Pagasa, donde son recibidos entre atronadores aplausos por entusiasta muchedumbre que recuerda la partida del Argo a la conquista del fabuloso vello cino de oro.

FIN

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

- 5 Premios de \$ 200
- 5 " " " 100
- 10 " " " 50

Cortes de género.

Cortes de casimir.

Baterías de cocina.

Medias.

Suscripciones semestral a "EL COLEGIAL".

Pelotas de fútbol.

Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.

Radios.

Zapatos para niños.

Zapatos para niñas.

Tazas de porcelana.

Calcetines.

Juegos de Té.

Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia, y en Santiago

Librería "Claret" 10 de Julio 1140

CORRESPONDENCIA

Fanny Korsay.— Si las colaboraciones que Ud. desea enviar son apropiadas para una revista infantil como es "El Colegial", tenga la seguridad que las verá publicadas muy pronto. Gracias por sus felicitaciones.

Nino.— Con cuanto placer hemos leído su simpática carta. Nos complace ver el entusiasmo con que ha sido acogida por usted y sus amigos esta revista que ya tiene muchos colaboradores. Daremos su cuentecito tan pronto nos quede un espacio.

Arpe.— Excelentes sus dibujos. Pronto verán la luz en "El Colegial". Conforme, le enviaremos cuentos para ilustrar. Gracias por sus buenos deseos.

Alej.— Desde ya creo que aceptaremos su concurso. Se dará el dibujo que envía para Pasatiempos.

Chaguito.— Buenas sus colaboraciones, trataremos de complacerle.

Tío Atilio.— Como siempre muy interesantes los problemas que nos remite. Gracias.

Machete.— Agradecemos sus felicitaciones tan entusiastas y le aceptamos como colaborador de "El Colegial". Daremos su colaboración.

Beba.— Cuánto placer nos da su carta, pues vemos con qué gusto lee Ud. nuestra revista. Le acogemos como entusiasta colaboradora de "El Colegial". Envíe lo que ofrece.

Bertina.— Por supuesto que podemos hacerle la suscripción desde el N.º 1. Envíe por giro postal o telegráfico el valor que es de \$ 50.— por un año y \$ 25.— los seis meses, al Director de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago.

Niebla.— Simpático su cuentecito Niebla. Con todo gusto lo daremos, ya que ha sido escrito especialmente para "El Colegial", a quien Ud. tanto quiere.

Dialba.— Qué seudónimo tan raro ha elegido. Envíe las colaboraciones que tiene lista y si son apropiadas para una revista infantil como ésta, las publicaremos con todo agrado. Aceptada entre nuestros colaboradores. EL SECRETARIO

GALERIA INFANTIL

GRAN SORTEO QUE EL "COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA
EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 2



ALICIA, ALBERTO Y AIDA ANEX
BALZALDUA



EL MAITEN

MAYRENUS BOARIA MOL.
FAMILIA: CELASTRACEAS

El que por primera vez contemple a un maitén, tendrá sin duda la impresión de ver un sauce llorón. La copa esférica, las ramas largas y colgantes, la forma de las hojas, su color claro, todas estas propiedades recordarán la especie de sauce llorón anteriormente mencionado.

Es un hermoso árbol de formas elegantes, que no deja de tener cierto carácter melancólico. Como adorno tiene la ventaja de ser siempre verde y presentar el mismo aspecto durante todo el año.

La madera es blanca, colorada más al interior. A pesar de su dureza tiene pocas aplicaciones. Abunda el maitén desde Coquimbo hasta el paralelo 42, pero no forma jamás mayores agrupaciones. Huye las cercanías de la costa.

Sus hojas poseen propiedades febrífugas y purgantes. Las semillas tiñen de amarillo al papel y contienen un aceite de gusto amargo.

El tronco se levanta hasta una altura de 20 m., aunque comunmente alcanza sólo 10-12. Su corteza es cenicienta y poco agrietada.

El fruto es una cápsula coriácea, parduzca, de unos 6 mm. de largo, que encierra comunmente dos semillas alargadas, cubiertas de un arilo que las tapa enteramente. (Arilo es una especie de manto que cubre las semillas).

El género *Maytenus* cuenta con unas 70 especies en la América Central y del Sur. Abunda en Chile. Florece en los meses de Agosto a Setiembre.

Su follaje es muy apreciado por los animales vacunos.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

LA MARIPOSA COLORADA

(VANESA CARYE)

Es una de las mariposas diurnas más comunes. Se le encuentra en todo Chile y vuela casi todo el año. La larva se desarrolla en los alfalfares y otras Papilionáceas.

La boca de esta mariposa es apropiada para chupar; cuando visita las flores cuyas corolas se adaptan a su boca, estira su espiritrompa y la introduce en el tubo de las flores y chupa, igual como lo hace una persona cuando toma mate. Todas las mariposas tienen esta manera de tomar su alimento y tienen su boca alargada; cuando no comen y también durante el vuelo la llevan arrollada en espiral como la cuerda de un reloj, de ahí el nombre de espiritrompa con que se le conoce. Todas las mariposas diurnas tienen en las alas unas escamitas muy finas y sin color; pero según los rayos de luz que reciben es el color que presentan estos bellos seres.



EL TIO TRANQUILINO



1. El primer día de excursión por la Cordillera, el tío Tranquilino se puso a enseñar a los niños la mejor manera de deslizarse sentado en el trineo.



2. Pero, por estar preocupado de los chicos, el tío Tranquilino no se fijó en el monto de nieve contra el cual fué a estrellarse de un modo violento.



3. Pero, a pesar del percance sufrido, el buen tío subió el trineo cuesta arriba y se embarcó de nuevo juntamente con los niños que estaban temerosos.



4. Nada malo les ocurrió durante el deslizamiento, pero en seguida tuvieron que hacer esfuerzos para subir nuevamente el trineo. ¡Qué cansador trabajo!



5. Pero el tío Tranquilino, al divisar el pozo, tuvo una de sus felices ideas y exclamó: —Ahora nos deslizaremos sin temor y sin ningún trabajo...



6. El tío Tranquilino amarró una cuerda al carrete que subía el balde del pozo, mientras los niños le miraban esperando el resultado de la combinación.



7. Y el resultado fué maravilloso. Mientras el trineo se deslizaba sin peligro con su carga de niños, el carrete subía el balde con agua del pozo.



8. En seguida, unas cuantas vueltas del manubrio y el trineo estaba arriba otra vez. ¡Maravilloso! ¡Viva el tío Tranquilino! exclamaron los entusiasmados niños.